

LOS PRIMEROS EXTRANJEROS: LAS MUJERES EXTRANJERAS DE ÍO A LAS DANAIDES

THE FIRST FOREIGNERS: FOREIGN WOMEN
FROM IO TO THE DANAÏDES

Julia Kristeva
Université Paris 7



"ETRANGERS A NOUS-MEMES"
by Julia KRISTEVA
© Librairie Arthème Fayard, 1988



Resumen || El presente escrito de Julia Kristeva que *1991. Revista de Estudios Internacionales* acerca a los y las lectoras de habla hispana, introduce claves de inmensa fecundidad para repensar, en perspectiva cultural, uno de los problemas más acuciantes de nuestra contemporaneidad: los extranjeros. Pero quizá el logro más destacable de Kristeva estriba, empero, en vincular la extranjería con una extrañeza cultural de la que bien la mujer puede dar cuenta, en una extensa tradición de diferencia (sexual y política) que, para la autora, se remontaría a los albores de la cultura occidental, más precisamente a los mitos griegos y las tragedias. La traducción al español es obra de Ariel Gómez Ponce, quien hace manifiesto su agradecimiento a la profesora Kristeva por cuya dadivosidad podemos compartir estas palabras, publicadas originalmente en 1988 y como parte del libro de ensayos *Etrangers à nous-mêmes* (Librairie Arthème Fayard).

Keywords || Extranjería, Extrañeza, Mujeres extranjeras, Culturas

Abstract || The herein text presented to hispanic readers by the journal *1991. Revista de Estudios Internacionales* introduces keys of an immense fecundity to re-think, through a cultural perspective, one of the most urgent issues of our times: the foreigners. However, Kristeva's most remarkable achievement is founded on linking foreign affairs to a cultural strangeness on which women can give an account, in a long tradition of difference (sexual and political) that, for the author, could be traced back to the dawn of the western culture, more precisely to the Greek myths and tragedies. The translation into Spanish is work of Ariel Gómez Ponce, who makes evident his gratitude to Professor Kristeva, whose generosity makes it possible to share these words, originally published in 1988 and as part of the essays book *Etrangers à nous-mêmes* (Librairie Arthème Fayard).

Keywords || Foreignness, Strangeness, Foreign women, Cultures



¿Cómo se puede ser extranjero?

Rara vez esta pregunta viene a nosotros, en tanto estamos tan convencidos de ser ciudadanos por naturaleza y emanaciones necesarias del Estado-nación. O bien, cuando dejamos que el tema se nos venga la cabeza, inmediatamente nos ubicamos entre quienes tienen derecho a una nacionalidad, y arrojamos a una alienación irrazonable a quienes pertenecen a otro lugar, uno al que no han podido preservar y al que ya no pertenecen, esos a quienes se les ha expropiado de su identidad como ciudadanos. Hoy en día, la noción de *extranjero* está efectivamente dotada de una significación legal: designa a una persona que no es ciudadana del país en el que reside. En efecto, tal encuadre calma y permite asentar, por medio de leyes, las espinosas pasiones que despierta la intrusión del *otro* en la homogeneidad de una familia o de un grupo. Silencia también, y sin resolverlos en modo alguno, los malestares de esa condición singular que equivale a presentar una diferencia en el seno de un conjunto que, por definición, se forma excluyendo lo disímil. Restricción o elección, evolución psicológica o destino político, esta posición como un *ser diferente* podría parecer la culminación de la autonomía humana (¿acaso no somos seres hablantes a condición de distinguirnos de los demás para impartirles nuestro sentido personal a partir de esa diferencia percibida y asumida?) y, por lo tanto, de una importante ilustración de lo que la civilización tiene de más intrínseco, de más esencial.

Asimismo, al ocupar explícita, manifiesta y ostensiblemente el lugar de la diferencia, el extranjero plantea, tanto a la identidad del grupo como a la suya propia, un desafío que pocos somos capaces de revelar. Un desafío de violencia: “yo no soy como vos”; una intrusión: “compórtense conmigo como lo harían

entre ustedes”; una llamada de amor: “reconóceme”. En todo esto, se mezclan humildad y arrogancia, sufrimiento y humillación, y un sentimiento de dolor y de omnipotencia. En suma, una furia, un estado límite que los mitos griegos relatan y que Esquilo nos transmite en *Los suplicantes*¹, recogiendo una memoria de la época arcaica, mucho antes de que los filósofos y los juristas (racionalistas) propusieran estatutos para los extranjeros. Por un instante, olvidémonos de las leyes, y acerquémonos a los extranjeros de las tragedias antiguas.

Es notable que los primeros extranjeros que vienen de los albores de nuestra civilización sean las extranjeras: las Danaides. Aquellas nativas egipcias, que sin embargo afirmaban tener una ascendencia griega noble aunque dramática, llegaron a Argos. Esquilo encontró su inspiración en una leyenda primitiva devenida epopeya, *La Danaïde*, que probablemente data de la primera mitad del siglo VI, y que reúne y organiza las historias sagradas (*hiéroí logos*) sobre el santuario de Argos. La leyenda remonta las Danaides a una prestigiosa ancestral: Ío, la sacerdotisa de Hera en Argos. Amada por Zeus, Ío despierta los celos de la esposa legítima, Hera, quien la transforma en ternera. Esto no desanimó a Zeus quien, convertido en toro, la continuó amando. Sin embargo, Hera prosiguió su venganza al enviar un tábano que enloqueció a la desdichada. Ío vagó por Europa y Asia, antes de llegar a Egipto. Perturbadora imagen la de esta ternera enloquecida por un tábano: como una hija incestuosa castigada por la cólera materna, no vio más solución que huir sin cesar, desterrada de su hogar natal y condenada a la errancia como si, rival de la madre, ninguna tierra pudiera ser propia. La locura es, pues, esta pasión ilegítima por Zeus. Locura en la que el tábano

1 Para un análisis de este texto, cf. A. F. Garvie, *Aeschylus' Supplies. Play and Trilogy*, Cambridge University Press, 1969.



bien representa la estimulación animal y —¿por qué no?— sexual. Locura que conduce a la mujer, no a un viaje de regreso hacia uno mismo como sucedió con Ulises (que, a pesar de sus desvíos, regresó a su tierra natal), sino hacia una tierra de exilio, maldita desde el comienzo. Sin embargo, es solo en Egipto, fuera de la tierra materna, que Zeus, el mismo origen erótico del periplo, se permite tocar a Ío en la frente para apaciguarla, restaurar su apariencia femenina y dejarle dar a luz un hijo, Épafo (el “toque” de Zeus).

¿Será el delirio errante de Ío la versión femenina del drama de Edipo? El hombre incestuoso fue capaz de resolver los enigmas de la Esfinge, aún ignorando su pasión amorosa por la madre y su rabia asesina contra su padre. Edipo quiere saber, aunque le cueste mucho, incluidos los ojos. En cambio, la hija enamorada de su padre violaba desde el principio la autoridad materna, que era detentada por Hera Argiva, sacerdotisa de los derechos matrimoniales. Tal conflicto desencadenó su psicosis: la picadura del tábano, agente de la venganza materna, que no deja de enloquecerla. E incluso si Zeus terminara liberándola de su frenética metamorfosis —aunque en suelo extranjero—, la marca de la violencia y la angustia perseguirá a sus descendientes.

El hijo Épafo, nacido de la ternera tocada, será el antepasado de los reyes egipcios. Pero la maldición de Hera parece perseguir a las generaciones posteriores. Los bisnietos de Épafo, Dánao y Egipto —quienes, respectivamente, tuvieron cincuenta hijas y cincuenta hijos—, un día entraron en guerra porque los hijos de Egipto querían casarse por la fuerza con las hijas de Dánao para obtener derechos reales sobre el país. Y es así como comienza

el exilio de las Danaides, huyendo de la brutalidad de los cincuenta hijos de Egipto. En la memoria (que hoy llamaríamos inconsciente, pero también invertida) de los ancestros de Ío, las Danaides huyeron de la tierra natal y, al mismo tiempo, del comercio sexual. Vírgenes guerreras y crueles, no guardan de Ío más que una distante pasión que las atrae, al contrario de aquella pero de una manera asimétrica, fuera del matrimonio y fuera de la ley. Salvo que se inscriba en su propia virginidad un recordatorio del destino incestuoso de la estirpe de Ío: ¿no es cierto acaso que las vírgenes², en el panteón de su padre, son las hijas que permanecen fieles y se niegan a darle descendencia, precisamente para preservar el poder simbólico del padre único, excluyendo a cualquier otro hombre?

En consecuencia, las Danaides son doblemente extranjeras: procedentes de Egipto y reacias al matrimonio. Afuera de la comunidad de ciudadanos de Argos, rechazan también esa comunidad básica que es la familia. Ese proceso de exclusión alcanzó su apogeo cuando, según una versión de la leyenda, las Danaides asesinaron a los hijos de Egipto por iniciativa propia o, según otra versión, obedeciendo la voluntad de su padre. Solo dos de las cincuenta hermanas no participaron del crimen. Recordemos la historia de estas dos hermanas excepcionales: ellas instalan una pregunta por la ambivalencia de las Danaides, ciertamente asesinas, pero también buscadoras de agua, oficiantes de un culto primordial (según Hesíodo y Pausanias), y fundadoras de alianzas.

Amazona como sus hermanas, y lanzada a la búsqueda de una cierva, Amimone falló en su

2 Véase G. Dumézil quien, en *La Religion Romaine Archaique*, recuerda que las vestales romanas, “en la época en que gobernaba el rex (...) deben, por algún medio místico, contribuir con su seguridad”, recordando así la tradición galesa “según la cual el legendario el rey Math podría vivir, cuando no estuviera comprometido en expediciones guerreras, y solo si mantenía sus pies en el seno de una virgen” (p. 577). En la misma línea, véase también *Tarpeia de Dumézil* (París: Payot, 1947, pp. 100-109), y *Mithra et Varuna. Essai sur deux représentations indo-européennes de la souveraineté* (París: Presses Universitaires de France, 1940).



objetivo, y despertó a un demonio mitad caballo, un sátiro que está a punto de violarla. Fue salvada por Poseidón, dios de las aguas profundas, quien, más que hablarle desde el deseo, lo hizo en términos tranquilizadores, ofreciéndole matrimonio: "Tu destino es estar casada, el mío ser tu marido". Amimone se convirtió entonces en hidrófora y presidió la liturgia de las aguas, como también los ritos de la boda, bajo la mirada de Hera. Una Danaide rebelde se transformó así en cómplice de Hera y, por lo tanto, del contrato social basado en el matrimonio.

De la misma manera, Hipermnestra se negó a estrangular a su marido Linceo, y el matrimonio – entre consanguíneos que dejaron de ser enemigos– dará a luz una dinastía real de la que salió Heracles, el héroe dórico más célebre. Ante el tribunal que debía decidir si ella tenía razón o no en renunciar a la venganza, Hipermnestra será ayudada por Afrodita y Hermes, quienes le susurraron palabras seductoras. Absuelta, se convertirá en la primera sacerdotisa de Hera.

Volvamos a las cuarenta y ocho Danaides que degüellan a sus maridos durante la noche de bodas. La desmesura alcanza aquí su apogeo en el crimen. La extrañeza acaba en revuelta interdicta, en *hýbris* que provoca la abyección. Tal desmesura fue castigada (según una versión de la leyenda) con la ejecución de las Danaides y de su padre, o bien, en una variante más moderada (como sugiere Píndaro), haciendo que estas mujeres desobedientes renunciaran a su pretensión de excepción: debían casarse en su debido orden con los vencedores de una carrera, pero sin que estos matrimonios dieran lugar a descendientes prestigiosos. Aquellas que afirmaron estar fuera de la ley debían someterse a la banalidad de una reglamentación, común y

uniforme. La mentalidad griega condena la extrañeza solo cuando esta tendía a desafiar la medida común. Las amazonas y las asesinas son destituidas, mientras que la extranjería –disociada de la desmesura moral, solo después de haberse mezclado con ella– será aplicada a los ritos y las leyes de la polis.

No obstante, queda el hecho de que las Danaides plantean un problema más complejo y más arcaico que el de los derechos del extranjero. Su historia apunta a esos tiempos inmemoriales en los que una sociedad endogámica se volvía exógama: no casarse con los consanguíneos es la primera condición –que las Danaides, es cierto, cumplen con brutalidad al asesinar sus primos– para devenir la esposa de alguien extranjero al clan. Tal violencia contra los parientes (hermanos y primos), cargada de pasiones incestuosas, sin dudas es necesaria para fundar una nueva alianza, el matrimonio entre personas "en igualdad de derechos", así como Hera se quiso igual (*isotèlés*) a Zeus, su compañero en la cama³. Sin embargo, ella se mantuvo bajo la apariencia de la institución matrimonial, su rostro secreto: tal es la oscura pasión entre los esposos – de hecho, extraños el uno al otro–, una pasión que se manifiesta durante las ceremonias iniciáticas relacionadas al culto de Deméter y sus sagradas Tesmoforias, supuestamente introducidas en Grecia por las Danaides.

Allí las mujeres, separadas de la polis para protegerlas de sí mismas, formaron una temible ginococracia que tenía el derecho a derramar sangre, y no solo a verter agua en esa cisterna sin fondo que estaban condenadas a llenar. Al asumir funciones tan contradictorias, las Danaides aparecen precisamente como el vínculo entre "los límites legales del dominio de Hera" y "el reino de Deméter"⁴. Como si la leyenda

3 Cf. Marcel Detienne, *Les Danaïdes entre elles ou la Violence fondatrice du mariage*, Paris, 1984.

4 Cfr. M. Detienne, *op. cit.*



de las Danaides, por la misma ambivalencia que se les atribuye a estas extranjeras, reconociera la necesidad de la violencia pasional (o, en el plano social, la validez de la extirpación, del desgarramiento, de la extrañeza misma) como fundamento para la alianza basal de la familia.

La extrañeza –la cara política de la violencia– sería la base más elemental de la civilización, su doble necesario y, quizá aun, su fuente, una que ninguna cisterna –ni siquiera, para empezar, aquella de las Danaides– podría saciar definitivamente. Más aún, la extrañeza de las Danaides también suscita el problema de la adversidad entre los mismos sexos y en su alianza extraconyugal, en la “relación” amorosa y sexual. ¿Cuál es, en síntesis, esa “relación” entre el “pueblo” y la “raza” de los *hombres* y el “pueblo” o la “raza” de las *mujeres*? La diferencia sexual, cuyo alcance a lo largo de los años se ha borrado o en cambio exagerado, ciertamente no tiene la intención de congelar su antagonismo. El hecho es que, en Grecia, la esposa era pensada como una extranjera, una suplicante: ¿acaso eso significa una Danaide? El ritual de la boda estipulaba que la novia no debía ser tratada ni como presa ni como una esclava, sino como una “suplicante, puesta bajo la protección del hogar y llevada de la mano a su nueva morada”. ¿Qué es, entonces, una suplicante?